JUAN CARLOS WELKER



ESQUINITA DE MI BARRIO

Esquinita de mi barrio

DEL MISMO AUTOR

1926

CHILCAS...

(Poemas de campo)

1927

ESQUINITA DE MI BARRIO

(Poemas de la ciudad y del arrabal)

En prensa:

El muchacho que sacó patente de hombre

(Comedia en un acto y tres cuadros)

En preparación:

La literatura a vuelo de pájaro

(Impresiones de viaje)

La trajedia de un hombre moderno

(Novela)



JUAN CARLOS WELKER
(Apunte de Humberto Frangella)

JUAN CARLOS WELKER

ESQUINITA DE MI BARRIO

(Poemas de la ciudad y del arrabal)

CARÁTULA DE M. MENDEZ MAGARIÑOS



CASA A. BARREIRO Y RAMOS S. A.
25 DE MAYO ESQ. JUAN C. GÓMEZ — 18 DE JULIO 941
MONTEVIDEO
1927

PRIMERA PARTE

POEMAS DE LA CIUDAD

Para MI MADRE
Para MI ABUELA

BIER KELLER

(A mis grandes amigas Zelmira y Elena Barros Daguerre. Cariñosamente.)

Me lo dijo un viejo alemán una noche de invierno: WELKER EN MI IDIOMA SIGNIFICA TRISTEZA.

Y la W de mi apellido, desde esa noche, me empuja al **Bier Keller**. Tomo cerveza rubia, hasta que los gruesos vasos, con sus asas dobladas, forman a mi alrededor una guardia, con la pierna levantada, como paso de ganso. Mi corazón comienza a saltar por tierras germanas y mis labios entonan una canción con un poco del **Die Washt Am Rhein** y otro poco del tango **Calandria**...

. . . .

El **Bier Keller**, esa noche, está lleno de vientres hinchados de cerveza. Las lenguas pastosas hacen más incomprensible el idioma. Las interjecciones germanas me mortifican el oído.

Pido más cerveza, que la bebo con avidez, hasta ter-

minarla. Me limpio la boca con la palma de la mano y miro estúpidamente a todos. Todos me miran estúdamente a mí...

En un rincón, un grumete alemán, entona un canto triste, que concluye por molestarme. Le estoy tomando rabia y siento deseos de pegarle. Se me ocurre que el pobre, dejó la novia en Alemania y desde mi América le rinde el homenaje amoroso de su canto... Lo miro con desprecio... La veo a ella enamorada de otro...

. . . .

Tomé tanta cerveza, que me quedé dormido. Y durmiendo, soñé que ahogaba en cerveza, la tristeza germana de mi apellido...

TRANVIA DEL NORTE

(A Emilio Frugoni, mi rival en el cariño a Montevideo.)

...y una mañana, Montevideo, esperó en vano al tranvía del Norte...

. . . .

Medio siglo de recuerdos que se tonificaban de Sol, en el sanatorio rodante del tranvía del Norte; cajita de madera lustrada que llevaba en su interior, al Pasado, para enterrarlo en la estación del Olvido; vías de hierro, que se estiraban por la ciudad como si fueran de goma, esperando al extranjero en el puerto, para llevarlo al Paso del Molino y entregarlo allí al criollo; purgatorio que purificaba al gringo, antes de dejarlo entrar en el paraíso del campo americano; pañuelo que secaba las lágrimas morriñosas del gallego y lo mecía —como a un niño huérfano— en una cuna rodante; cicerone que mostraba a la ciudad por unos vintenes; víctima dulce y resignada del soberbio sajón que lo expulsó del camino del ensueño, con sus motores negros, que inundaron la ciudad de ruidos

europeos... (Hasta los motines revolucionarios, en señal de protesta, por los motores europeos, lloran en las noches de fogón, su prestigio perdido...)

. . . .

Montevideo fué ingrata con el tranvía del Norte. Como esas hijas cursis que reniegan del padre, que en sus mocedades fué mercachifle, la ciudad, ocultó con desprecio al hijo bohemio, que por soñar demasiado, ni siquiera se preocupaba en pensar. que los años pasan y que la vejez, molesta a la juventud presumida...

...y una mañana, Montevideo, esperó en vano al tranvía del Norte...

ALMACEN DE BARRIO

Las barricas de yerba, se levantan en pila a la izquierda de la puerta; los barriles de caña hacen una columna negra a la derecha. Y entramos al almacén de mi barrio, bajo el arco triunfal de los vicios criollos: el mate y la caña.

En los estantes, los frascos de caramelos de todos colores, provocan mis recuerdos de niño mimado y mis ojos se endulzan de añoranzas.

Contemplo en el espejo de los frascos, mi cara —que el dolor amoroso le dejó cicatrices— y dos lágrimas agrias, ruedan por el riel de las arrugas y caen sobre el mostrador. Parecen perlitas de menta... Quizá algún niño las parta y encuentre dentro de ellas un verso amargo...

Entra una mujer con el vientre hinchado victoriosamente de maternidad. Sobre sus senos, caídos y blandos como almohadas de plumas, la miseria duerme una siesta.

Compra yerba y azúcar. Pienso que su alimento

consistirá en unos mates y tiemblo por el botija, que antes de ver la luz del sol, ya está pagando su tributo a la maldad humana.

Una pena amarga me llaga el corazón. Pido caramelos, bizcochos y dulces. Avergonzado y temeroso se lo ofrezco todo. Ella asombrada me pregunta: ¿Para quién es esto?... Le respondo: para el hermanito lindo, que usted lleva en su estuche de madre...

. . . .

El almacenero, gozoso por la compra que yo había hecho, se restregaba las manos...

VELORIO EN EL CONVENTILLO

(Para Pedro Leandro Ipuche, poeta amigo
que me dió la alegría de su «Júbilo y miedo»).

El conventillo esa noche, tiene pedazos de tristeza y pedazos de alegría. En una pieza, que unos hombres trataron de convertir en dolorosa y descansando en dos trípodes, la celda eterna sujeta al finao.

Sobre la cabeza, profanando el dolor de los familiares, un hombre desnudo y clavado en una cruz, mira con ojitos irónicos a todos los presentes. Y en su interior se ríe de que la imbeciliad humana, lo desnude para adorarlo.

La hermana del muerto llora desconsoladamente. Pero de repente sujeta las lágrimas y sus ojos colorados, se revuelven inquietos. ¿Qué hará su novio?... ¿Estará dragoneando con otra?... ¡No!... ¡No puede ser!... El le ha dicho que la quiere mucho... Sonríe feliz, y... vuelve a llorar.

La madrecita ya no tiene lágrimas para derramar. Como un montón de carne y ropas mezcladas, está

en un rincón. La miro y siento arder mis pupilas. Me enfurezco pensando que haya hombres, que hablen del martirio de Jesu-cristo...

Me ahoga el ambiente de la pieza mortuoria. Salgo y recorro el conventillo. ¡Qué lindo que es de noche! Me acuerdo de mis diez años, cuando con un trajecito de marinero, me escapaba de casa y me metía en él, para ver ensayar una murga que salía el próximo carnaval...

Y ahora, con mis veinticinco años de vida vertiginosa, ojeroso de arrabal y con la amargura de mi amor irrealizado, vuelvo al conventillo. ¡Siempre igual! Hasta tiene la misma miseria de quince años atrás. Y en el fondo, reunidos en un rincón, aquel grupo de hombres, que vienen a los velorios para acompañar en su dolor a los deudos y se ríen y hacen gárgaras de caña, me recuerdan a las murgas que ensayaban para carnaval...

. . . .

Me voy del velorio... Al pasar miro al finao y me asusto de mi fin...

DIA DE NOVIOS

(Para ELLA, que me dió la suprema dicha de sentirme amado.)

Domingo. Me despierto con sabor a felicidad en la lengua y con hambre de sol en las pupilas. Abro la ventana de mi pieza y la brisa me peina de esperanzas.

El cielo me parece una carta de ELLA. Los pedazos celestes, el papel que tantas veces he besado; las manchas blancas, las letras de su nombre. Su nombre es la rúbrica que valoriza mi corazón.

Todo el día vivo pendiente de la hora en que la veré. Y mi alegría se convierte en inquietud, por la marcha lenta de las manecillas del reloj...

. . . .

Llegó la hora. Me encamino a su casa. La calle Uruguay ambula a mi lado. Las piedras están alegres porque mi paso es leve y ligero.

Estoy en su casa. ELLA y sus hermanas, me rodean. Mis ojos —como pájaros asustados— vuelan

de una a otra. Y en cada rostro, se posan un ratito, porque saben que son nidos cariñosos...

. . . .

Nos quedamos solos. Un rato de silencio. Después de inauditos esfuerzos, empezamos a conversar. A cada minuto que pasa, nos entusiasmamos más... Ahora hablamos juntos... De pronto, nos quedamos mudos... Comprendemos los dos, que nuestra soledad no es completa. AMOR estaba con nosotros y nos miraba alegremente...

INVIERNO

Este invierno es crudo para mí...

El invierno se vino de Europa, con un año más y con nuevos achaques. Y como es un viejo bilioso, descarga su ira contra los pobres...

. . . .

Anochece. El viento amontonó tristeza en cada esquina. La luz artificial que sale de las casas de comercio, tiene aspecto de miedo. Parpadea de temor, como el hombre pecador ante la amada pura.

Las puertas de las casas particulares están cerradas... Los balcones, no se adornan de alegría con el nardo blanco de una novia ansiosa. De todos los edificios sale tufo de paz hogareña.

Se oye la risa cristalina de una mujer, y el invier-

no con rabia, la deshace entre sus músculos fríos...

. . . .

Mes de Julio. El viejo invierno, encogiéndose como un niño achuchado, se me metió en el cuerpo buscando el calor de mi sangre. Y en un descuido me tocó el alma...

Mi alma estaba fría, tan fría, que el viejo invierno, sintió frío...

INSOMNIO

(Para María Teresa Vilanova, que comprende mi pena amorosa.)

Me revuelco nervioso. La noche mete por la ventana abierta de mi pieza, bocanadas negras de desesperación. Mis labios mascullan la plegaria del nombre de ELLA.

La cama me parece un castigo ahora que no soy amado... Tanteo despacito la almohada, pidiendo se produzca el milagro de encontrar a Dios, para vengarme...

Me quedo quieto. Cierro los ojos y ensayo dormir... Cinco minutos de tranquilidad. Pero en seguida me doy vuelta violentamente, porque la idea fija se apodera otra vez de mi: **ELLA no me quiere... ELLA no me quiere...**

Estoy sentado en la cama. La almohada me lastimaba la cabeza. Mis manos se van hacia mi boca y los dedos aprietan los labios, como queriendo cerrar ese hueco que se obstina en nombrarla a ELLA...

Enciendo un cigarrillo... Doy tres pitadas y lo tiro maquinalmente... El reloj toca la hora. Ese ruido me tranquiliza un rato. Me recuerda cuando estaba enferma y yo viví supeditado del reloj, aquellas doce horas, que el médico dijo eran peligrosas. Vuelvo a pensar que ahora no hay nada entre nosotros y el sueño dispara cada vez más de mis pupilas...

. . . .

El Sol, comienza a entrar despacito en mi pieza. Se asombra de verme despierto y me besa en la frente como un padre bondadoso...

Me visto con desgano y al mirarme en el espejo me asusto... En mis ojos, estaba nítida la carita de ELLA.

DESPEDIDA

(Diego Luján, amigo como un hermano, comprende este poema...)

Llegamos al puerto. La noche nos moja de separación. Sus ojeras y las mías se mueven inquietas con un "tic" de angustia. Las luces de la ciudad parecen cirios velando nuestros deseos, que desde ese momento no podrán unirse. Miramos el agua, que canta más triste que siempre y nos atrae como un lecho de descanso eterno.

El vapor lanza una pitada estridente. Sentimos frío nervioso en la espina dorsal y nos apretamos más. La lengua nos moja los labios que se marchitan de fiebre.

Nuestros corazones estaban anudados... La despedida los va separando...

. . . .

Partió el vapor. ¡Se la llevó! En aquel montón de luces que va rompiendo la trajedia de la noche, la veo más amorosa que nunca. Mi cara se moja... Son lágrimas de mi amada, que el viento piadoso las trae a

mí, como un último y largo beso... Camino diez, veinte, cincuenta pasos, hasta que el mar me ataja...

. . . .

El mar esa noche me sacó una fotografía. Mi cara tenía forma de corazón y sangraba por todas partes...

POCITOS

(Poema charrúa)

La arena, bajo la caricia ardiente del sol, parece una cabellera rubia de mujer, sujeta por la vincha verde del mar.

Mi cuerpo moreno, con los hombros tostados, va adquiriendo color de indio charrúa y mi cabellera negra, se enrula, en un alboroto de selva indígena.

Corro por la playa, con ansias de desentumecer las piernas, que la ciudad las ha hecho frágiles. Me zambullo en el agua, que salta en mil gotas a mi alrededor y braceo desesperado, como queriendo apresar la piragüa enemiga...

Una mujer blanca de ojos oscuros, me observa desde la orilla y admira mi cuerpo musculoso, brillante de agua y de sol. La invito a entrar al mar y ella se entrega en mis brazos, orgullosa de mi fuer-

za, que la lleva lejos, nadando, nadando y soñando...

En ese sueño me sentía Tabaré salvando la vida a Blanca... Y el mar asombrado de mi hazaña, me regalaba un manto nupcial de espuma fina...

EL NARANJERO

Naranja jugosa y buena
vendo a "rial" la docena

...Y así, improvisando versos fáciles, pasaba por la ciudad el naranjero, vendiendo naranjas y regalando amores...

. . . .

Era un poco compadre y era un poco sentimental; de comerciante tenía lo menos posible. Sabía colocar un piropo en su oportunidad y nunca aprendió a sostener el precio pedido por la mercadería, cuando la que exigía rebaja era linda y tenía los labios rojos y gruesos.

Toda la **botijada** del barrio lo seguía, a la espera de la **yapa** de una naranja y todas las muchachas salían al oir sus cantos, porque para ellas también había la **yapa** de una galanura. Y entonces se sentía **taura** y apretando a su cuello el pañuelo, rojo o blanco,

entonaba más fuerte:

Naranja jugosa y buena
vendo a "rial" la docena

. . . .

Todavía quedan algunos naranjeros que han resistido el empuje arrebatador de los mercados. Por mi lindo barrio del Cordón, rueda todos los días uno. ¡Y cómo lo venero! ¡Y cómo lo admiro!

—¡Dame una naranja jugosa, naranjero! Yo posaré en ella mis labios —algo marchitos por los labios femeninos— y apretando, apretando mis dedos contra su cuerpo, succionaré el jugo. Y su frescor y su gusto a mi Montevideo viejo, refrescarán mi alma...

Vino a mi boca una semilla. ¡Igual que en la vida! Cuando nos prendemos a ella con más entusiasmo, se nos atraganta la semilla de una pena de amor...

REGRESO

Montevideo me molestaba con su olor a ternura y con su aspecto de madre buena.

La ciudad me había sonreído con dulzura, cuando me paseaba por ella con mi amada. Después me mostró los dientes de su rabia al enterarse de que fuí malo con mi novia...

Y se vengaba, reflejando en sus calles de asfalto mojado, aquellos ojos grandes de la que tanto me amó...

. . . .

Hacía mucho frío... En la aduana, la gente se juntaba, unida por la cadena dolorosa de la despedida. El vapor ofrecía su entraña luminosa, oficiando de puente de unión entre dos pueblos.

Una vez embarcado, me acosté a dormir para olvidarme de todo. Al despertar —ya en Buenos Aires—

noté que mi corazón lo había dejado en Montevideo...

. . . .

Buenos Aires. Dos millones de personas. que viven en perpetua agitación. Ni un solo corazón que llenara el hueco que dejó mi olvido...

. . . .

Retorné con ojeras hondas de ausencia. Montevideo me dió un beso de sol y un abrazo con sus calles de casas bajas.

Le pedí mi corazón y me lo entregó... ¡Ah!... Conservaba aún, el calor de las manos de mi amada...

PEREZA

Llueve despacio. Parece que el agua tiene pereza o apatía. Los vidrios del café, están salpicados y las gotas forman puntos y comas... Mis ojos tienen un biombo de hastío y a su sombra, duermen una siesta pesada.

Una mujer envuelta en un impermeable, espera al tranvía o espera al amado. Y no viene ni uno ni otro... ¡Maldita lluvia!... ¿Cuándo terminará?...

La impaciencia pone tan nerviosa a la mujer, que me mira fijamente. Sus ojos me despiertan y el Deseo sale de la cueva negra de mis ojeras y muerde los labios húmedos de esa desconocida...

Ella sonríe... Pero de repente consulta el reloj, golpea con los tacos el piso y hace un mohín de dis-

gusto... La calle está desierta y me promete complicidad...

Ahora, la mujer, me mira con provocación y me sonríe con menos vergüenza... Parece que nos entendimos. Pago mi café y me levanto para atropellarla... Pero no lo hago... ¿Bostezo, estiro los brazos, me siento de nuevo y pido un ajenjo...

La lluvia, al chocar contra la calle, me aplaude con monotonía perezosa...

LA OBRERITA

(Para Juanita de Ibarborou, rosa de los vientos de nuestro lirismo.)

Ahí va la obrerita. Agil, traviesa y algo triste. Su vestido es sencillo. La carita, arreglada con precipitación, tiene parches de polvo y parches de preocupación. ¡Si llega tarde! Medio día perdido! Y lo peor es que no tiene disculpa! Anoche estaba enojada con su novio y tardó mucho en dormirse.

Llegó al taller. ¡Ese taller odioso que parece una jaula! Pero, si fuese jaula... ¡qué suerte!... Por lo menos podría cantar... En cambio, tiene que trabajar, trabajar y sentir guarangadas de los compañeros. Y, luego aquel empleado del escritorio, con cara de farrista, que le propone cosas deshonestas...

¡Qué vida! ¿Cuándo tendrá fin tanto penar?... Pronto se casará; así se lo prometió su novio. Entonces, con lo que ganen los dos, tendrán mucho di-

nero y podrán ser felices. Pero... ¿y si no cumple el novio?...

Lloras, obrerita. ¿Tienes ganas de hacerle caso al empleado y ser como aquellas, que miras con recelo y con algo de envidia...?

No lo hagas nunca. Sigue siendo siempre la obrerita buena. Los hombres, te necesitamos. En las madrugadas, en que nos levantamos ebrios de mujeres y de bebidas, tu paso nervioso y tu figura fresca, nos averguenzan de nuestra vida y por unos días, somos decentes...

TRAJE AZUL DEL MECANICO

(Homenaje a Sacco y Vanzetti, víctimas inocentes de la estupidez yanqui.)

¡Traje azul de mecánico! Pedazo de cielo con manchas negras de tormenta, que cubre el cuerpo musculoso y fuerte del obrero... Traje con firmeza de honestidad y con dulzura de conventillo.

Traje azul, que impone respecto a las máquinas... Traje de tela grosera; único dueño que aceptan los motores... Cielo ambulante, que muestra las cien estrellas que dibujó en su firmamento, el motor jadeante, con sus convulsiones agónicas, cuando asustado por la presencia del mecánico, lo salpicaba, en venganza, con su aceite caliente y ennegrecido como la sangre de una herida... (Hasta el aviador, vestido de azul,

cuando baja de su aparato, parece que le hubiera dado un manotón al cielo, que se asombró de que llegara hasta él, un hombre.)

Traje obrero que un día cubriste mis carnes blandas de vicio y me bautizaste de Trabajo... A tu influjo fuí más hombre... Tu supiste hacerme más bueno y más puro...

MIEDO

(Para Rosita Mauthone Falco y María Amalia Blixen Ramírez que le tomaron el pulso a mi corazón.)

La humedad esconde a la ciudad en un tul gris. Las mujeres se pasean por la calle tapándose la boca con una piel. Y el zorro que le dá calor al cuello, piensa que no debía llamarse así... Los hombres siguen a las mujeres con miradas tiernas. Son tan ingenuos, que ni la humedad, le ablanda la estupidez amorosa...

Me paro en una esquina. La cabeza me molesta porque piensa en lo que no debe pensar más. La humedad empaña los cristales de mis lentes y metiéndose por los ojos me empaña el corazón... (Mi corazón protesta porque quiere sol, ahora que ELLA y yo estamos separados por la neblina de un enojo...)

. . . .

¡ELLA! ¡Cómo me mortifica esta palabra! ¡Y no la puedo alejar! Mi cerebro me traicionó. La defien-

de a ELLA y se venga, tirando con la honda del recuerdo, las letras de su nombre. Eligió de blanco mi corazón y lo tiene acribillado... No creo que el pobre pueda curarse. ELLA se metió tan adentro que tengo miedo de operar...

. . . .

La humedad sigue apoderándose de la ciudad y de mi alma. Pienso cada vez más en ELLA. Deseo ardientemente que salga el sol...

El sol... ¿Para qué?... Si el sol también me recuerda a ELLA...

EL CANILLITA

Anda siempre vestido de suciedad. Sus pies negros van eternamente castigando las piedras de la calle. Y en su desprecio primitivo por el calzado, crió para las plantas una corteza gruesa y dura como la miseria del conventillo.

Su cabello está en eterna rebeldía contra la caricia punzante del peine. De mañana, se lo moja, pasa sus deditos ganchudos y rascándose con fuerza la cabeza, queda peinado a su manera.

Y así se lanza a la calle. Madruga como un pájaro, para caer en las manos de un grandote, que le roba parte de sus ganancias al revenderle los diarios. Pero no pierde su alegría por eso. Siempre lleva en la boca un trozo de preñada de seis cobres que la mastica con un pedazo de tango bien lunfardo. Cuanto más picante tenga la preñada, ¡mejor! y cuantas más

paicas papusas pronuncien sus labiecitos, más **papa en** el tango.

Y es feliz en su vida. Tiene la suprema felicidad de hacer la **coladera** en los tranvías y de formar **guerrillas** que apedrean al guardia civil mulato, que pretende **encanar** a un canillita, porque rompió un vidrio. de una pedrada.

Jugador de football. por naturaleza, aprendió en los partidos de todos los días, a saber hacerle una **gambeta** graciosa a las tristezas de la vida. Y toda su ambición para el mañana está ahí: en esa pelota que patea con cariño, mientras su cuerpo al correr viborea de habilidad.

. . . .

Anoche un antipático tranvía lastimó a un canillita. (El tranvía —como las jaulas— es enemigo de los pájaros). Lo fuí a visitar al hospital y no pude resistir la tentación de abrazarlo. Teniéndolo en mis brazos, lo veía hombre. y célebre en el football. Y hombre, mostrándome la cicatriz que le había dejado el tranvía, me decía tristemente: **¡Si pudiera ser otra vez canillita!**

SURAMERICA

(Este poema se lo regalo a mi amigo, el Dr. Alfredo L. Palacios.)

Primavera. Paseo por el puerto con la ilusión de que me acerco más a Buenos Aires. El sol calienta mi cuerpo y le clava flechitas de juventud. El olor a mar me excita... Pasa una mujer con el escote abierto y mi Deseo se pega en su carne blanca... Aprieto los dedos y me hundo las uñas en las manos...

Llego a la orilla del mar y el agua me hinoptiza con sus ojos verdes. Mis pupilas negras se van adormeciendo de tristeza marina. (Mis manos, inconcientemente, hacer un barquito con la tapa de un libro...)

Un viejo sentado en una lanchita, entona una romanza napolitana. Las palabras extranjeras despiertan en mi al criollo y estirando el labio inferior, para señalar

más mi desprecio, le escupo este insulto: gringo...

Sigo caminando por la orilla del mar. Ahora con rabia. Cada tres pasos se me atraviesa desafiante una exclamación europea...

La rabia me enceguece. Llevado por estos pensamientos, echo mano a la cintura, como queriendo agarrar el facón. Me pareció que del mar surgía el pulpo yanqui y que tenía entre los tentáculos viscosos, el cuerpo de mi América...

EL CIRCO

(Para el más lindo de los pibes uruguayos,
mi primito Julio E. Sanjurjo.)

¡Llegó el circo a Montevideo! ¡Por fin! Hacía tres días que mis ojos estaban pegados a los carteles que anunciaban su venida, con dibujos de leones, grandes como mi curiosidad.

La avenida 18 de Julio está de fiesta. Comenzó el desfile callejero del circo. Los viejos mateos miran desafiantes a los curiosos, porque saben la importancia que tiene su viejo coche en esos momentos. Una orquesta que hasta ayer entusiasmaba a los incautos en los remates de tierras, hoy lanza al aire notas chillonas y agrias, que la gente las recibe como puñaladas en los oídos.

El calor hace traspirar a los tonys y al diluirse la pintura sobre la cara, les fuerza una mueca trágica cuando ensayan una cómica. La trapecista mira al

cable del tranvía y el león fiero bosteza aburrido o molestado por una mosca atrevida...

. . . .

Comenzó la función... Vuelvo a ser el niño de diez años. Me río fuertemente con la poca gracia de los tonys. Tengo ganas de pedirles bombones o juguetes. Quisiera un ferrocarril con vía circular, que diera vueltas eternamente...

Viene el número clou. El domador mete su cabeza en las fauces abiertas del terrible león. Silencio de iglesia en el circo. Ya la sacó y saluda al público que aplaude ahora rabiosamente...

. . . .

Este número me volvió a la realidad y lo conceptúo muy pobre. Yo metí una vez mi corazón en la boca del Amor y lo saqué despedazado...

ESPERANZA...

(A la memoria de mi padre Juan Welker,
que me dejó la herencia de su bondad.)

¡Cementerios de Montevideo! Bocas grandes que esperan, el alimento diario de nuestros cuerpos para triturarlos, con las muelas puntiagudas de sus tumbas...

Escenarios inmensos de la farsa de la vida. (En el cementerio, es donde la vida adquiere su mayor refinamiento: desde el discurso patético al compañero que siempre hemos odiado, hasta las lágrimas de la esposa que engañaba al marido...)

¡Cementerios de Montevideo! Cuatro hombres que debieran sepultar con la última palada de tierra, la hipocresía de los acompañantes... Todos los que siguen al cortejo fúnebre, parece que dejaran su pena en la sepultura... No esperan salir del cementerio

para comenzar a divagar sobre sus amantes...

. . . .

¡Padre mío! ¿por qué te fuiste a dormir esa siesta larga de los cementerios...? No te imaginas lo que te necesito ahora, que la gente dice que soy un hombre... ¡Un hombre!... ¿Verdad, papá, que no soy un hombre...? Tu me dijiste que sólo lloran los niños... Y yo lloro todas las noches, porque ELLA no me perdona...

. . . .

Mi padre me abrazó con los brazos invisibles del cariño y acercando a mi corazón sus labios, —aquellos labios que llenaban de ternura las arrugas de mi frente—. me habló así: Espera, hijo mío, el perdón... ELLA me confesó que te quería mucho...

AMOR QUE PASA...

El balcón se convierte en confesionario. De sacerdote oficia la mujer, que se viste con casulla de amor. El pecador entona su rezo que comienza así: **Yo Hombre con un beso te inculco mi pasión.**

Salen las palabras de los labios amorosos y son tan ardientes, que tuercen los hierros del balcón. Y las caras se unen y los labios se pegan y las manos se refriegan violentas contras las molduras.

Después, un rato de aplastamiento, un revuelo en los ojos —que ahora tienen vetas rojas— y unas palabras que suben a los labios, pero que no se pronuncian: **¡Qué lindo es besar la boca amada!**

Vuelven a conversar con menos entusiasmo, pero van pasando los minutos y se está formando el nuevo beso... Y así llegan al quinto, al sexto... Ella pien-

sa en ser mamita y cantar el arroró... El se acuerda que Germain lo espera en la pensión...

. . . .

La madre de la novia, en un rincón de la pieza contigua, hamaca en sus brazos vacíos, al futuro nietecito...

SEGUNDA PARTE

POEMAS DEL ARRABAL

(Para MIS AMIGOS)

ADVERTENCIA

Lectora o lector: Ya que vienes conmigo a pasear por el arrabal, hazlo como yo: SOÑANDO...

Por eso, no veas en estos poemas pornografía, sino dolor...

J. C. W.

LA CAÑA

(Para el poeta Fernán Silva Valdés, que me empapó de «Agua del tiempo».)

¡Linda rubia la caña! ¡Linda y romántica! Se entrega a un hombre y muy unidos, se pasean por el arrabal, haciendo ostentación de tristeza.

A ratos es trágica; a ratos es risueña; pero siempre es la hembra que calienta y que domina a los machos.

Prostituta vulgar, vive en todos los almacenes a la espera de unos labios hinchados, para que la besen una, dos, veinte veces... Y cuando cacha un cliente, lo exprime hasta hacerlo secar.

Es una mujer que tiene al almacenero por cafisio, pero no quiere gigoló. Recibe sólo a los mishés. Les saca el dinero y les saca la vida y en cambio, les da su cuerpo distraídamente, sin espasmos ni convulsiones. Se entrega por costumbre, en la frialdad de un

vaso sucio, como otras se dan en la miseria de un catre viejo.

Nació en Cuba, pero el Río de la Plata la consagró. Se aburrió de la ciudad y se fué al campo y el campo se la recomendó al arrabal. Y éste, la recibió con los brazos abiertos, porque ella es tan pobre, que se vende por unos centésimos...

Yo dormí una noche entera con ella. (Esperaba carta de mi amor y como no vino, me entregué por doce horas a esta mujer...)

AMANTE ARRABALERA

Tenía cabellos rubios y ensortijados. Mis dedos se perdían en ellos y se llenaban de anillos nupciales.

Sus grandes ojos de pupilas azules, los clavaba en los míos y dulcificaba la dureza de mis ojos negros.

Su espalda era la página de oro con que sellábamos nuestro amor. Lucía orgullosamente, la firma roja de mis besos ardientes.

Sus manos finas y pulidas, poseían diez llaves suaves que abrían el cofre secreto de mis deseos.

Cupido había unido nuestros labios con la puntada irrompible de su flecha...

. . . .

—¿Dónde vas, nenita?

—Voy a pasear con una amiga...

Un beso, largo como un dolor de amor, selló aquella despedida. En el choque de nuestros cuerpos, pre-

sentimos quizá, la tragedia que se acercaba.

. . . .

18 de Julio y Río Branco. Un café grande en el que sólo se habla de football. Un abismo en el que se hundió mi ilusión. Al llevar a mis labios la copa del cocktail, la vi a ella con otro. Se reían con los nervios del placer, y por las cosquillas que les hacía en la sangre el Deseo, que daba vueltas carneros de uno a otro... Ambos pensaban que el Hotel de citas estaba lejos todavía...

. . . .

Ciego de dolor salí a la calle. Quize gritarle su traición. Pretendí lastimarla con mi desprecio. Pero fuí cobarde porque la quería...

Esa tarde el Desengaño me dió la mano y en el apretón, me rompió todos los anillos nupciales de su cabellera blonda...

LA MINA

(Para el poeta Julio Estavillo, que mira a las «minas» con los anteojos del campo.)

Era chiquita... Se pintaba fantásticamente los ojos y la boca. Me ofrecía —como una golosina— su carne rosada, para que apretara en ella, mis labios hinchados de erotismo. Y yo, por cinco minutos le pertenecía tanto, que sentía su seno acariciar mi corazón.

Después me vestía... Pagaba su trabajo con unas monedas... Y en la calle, escupía el desengaño de estar satisfecho...

. . . .

Y así pasaba un día y otro y otro. Siempre caras distintas e igual pago. Monedas, insultos y desprecios. Y la **mina**, escondiendo en la media el dinero

y la repugnancia, recibía a otro hombre que la manoseaba.

. . . .

Pero llegaba la madrugada y sus ojos soñolientos revivían. A pasos nerviosos y con el cigarrillo entre los dientes, venía su amor. Y mezclando hipos de caña con palabras lunfardas, el cafisio, le daba en la boca. un beso de tigre.

MERCADO CENTRAL

(Poema teatral)

(Para el hombre que me enloqueció de velocidad, Alfredo M. Ferreiro.)

Prólogo

El mercado Central, tiene desgracia. Frente a él se establecieron diez usureros que le empeñan la elegancia. (Una casa de préstamos se llama "La Equitativa" y cobra el quince por ciento.) En el costado derecho del mercado, se para de golpe la calle Yerbal. Es el sitio preferido por los ebrios, para dejar el vicio y llegar a sus casas con serenidad. El fondo soporta la exhibición de las tonadilleras, que noche a noche, aburren al aburrido público del Royal. El costado izquierdo es el más orgulloso. ¡También no es para menos! Tiene la vanidad de ser vecino del Teatro Solís.

Lugar de la acción

Su interior, como todo estómago viejo que ya digiere con dificultad, tiene muchos olores. Desde el

olor a mugre, pasando por el de carne y el de verdura, hasta llegar al olor supremo del sudor... (Hay olor agrio de mujeres que sólo reciben el baño del vómito diario de caña con que las obsequian sus hombres.)

Protagonistas

Viejas, gordas y flacas (como las vacas) que compran carne y regalan chismes. Muchachos que venden diarios y roban fruta. Hombres que se cubren de trabajo, con la capa roja de media res y ofrecen puñaladas por cualquier nimiedad... (Partir un corazón es para ellos un entretenimiento diario...)

Epílogo

En la puerta del mercado, siempre hay una larga hilera de carros, esperando que aquel se derrumbe. Entonces, los carreros armarán un cigarrillo más grueso que de costumbre y llevarán el edificio para otro lado...

Y cuando esto suceda, la calle Yerbal tendrá vergüenza, porque se queda sin el biombo de su honestidad.

EL CAFETIN

(El «reo» que lleva adentro mi amigo Luis Bueno sentirá la ternura de este pedazo de arrabal.)

El cafetín del arrabal está manchado de compadres. Las luces son opacas como intuyendo una prisión. En una mesa, que tiene iniciales entrelazadas por cortaplumas, una **mina** se revuelca en la voluptuosidad lívida de la **coca.**

En el fondo, un piano viejo rocía de ternura el alma brava de los hombres, gimiendo un tango triste y resbaladizo.

Frente a la ventana un **matón** —entre sorbo y sorbo del fuego áspero que llama caña— evoca con lujo de detalles y por centésima vez, como **limpió** al rival que quiso robarle la hembra. Y en todos los

ojos hay admiración y en todos los corazones hay envidia...

El arrabal malevo de mi Montevideo va entrando al cafetín. Mañana saldrá de aquí y entrará en la cárcel. El arrabal es así... De mimoso, quiere estar siempre encerrado.

¡Cafetín de arrabal! Yo también una vez estuve en tu seno. Por tres horas fuí un **cafisio** prepotente y compadrón que **fajaba** a la **grela yiradora,** porque traía poco **vento.**

HISTORIA VULGAR

(Para el indio poeta Elbio Prunell Alzaibar, que sabe de la vulgaridad de estas historias.)

Nos queríamos brutalmente. Extraíamos el amor de todo el cuerpo y depositándolo en la lengua, nos lo inyectábamos con las ampollas de los labios.

Las palmas de mi mano, con la M bien pronunciada, recorrían su cuerpo y apretando la carne, dejaban la letra grabada en una desesperación egoísta.

Creía que no bastaba la marca de mis labios y mis manos le escribían la palabra: MIA.

Ella estiraba sus brazos y yo me colgaba en ellos ensayando un ejercicio sensual. Después sus cabellos rubios hacían un rulo bicolor con mis cabellos negros.

. . . .

Pasaron muchos días. La Vida se la llevó a Bue-

nos Aires. Las primeras horas, los poros de mi carne se abrían y gritaban por ella... Más tarde la olvidé... Y ella se entregó a un burgués que la pasea en auto por Palermo, diciéndole como prueba de amor: **Pídeme lo que quieras**...

. . . .

Pero cuando ambula por el bosque, y la tierra mojada le echa una bocanada de olor salvaje, se acuerda del soñador que dejó en Montevidéo. Y se vuelve a sentir arañada y mordida y en sus oídos resuena el aullido sensual del: **¡Te deseo!**

OLIMPIA BAAR

(Poema numérico)

44 mesas forman el mostrador, en el que se arregla el precio de 4 minutos de placer.

63 mujeres, nos guiñan el ojo izquierdo 3 veces. Cada vez que bajan el párpado, aumentan el precio. El párpado oficia de martillo de rematador. (Como en los remates, los mozos hacen de "grupíes" y elogian la mercadería.)

183 hombres han puesto el deseo sobre la mesa. (El deseo toma la forma de un 1 y busca el 0.)

El dueño del baar tiene cabeza grande y vientre hinchado. Con los brazos colgados parece la imagen de $.

Las 176 patas de las mesas, son testigos de las

palmadas que dan **10** deditos de mujer, en las piernas de los hombres.

En una mesa contigua a la mía, una mujer habla: **10** pesos para mi y **1** para el auto. El hombre vacila; pero después se va con ella. Salió vencido por las **2** montañitas lácteas de la prostituta.

El placer trepado a una lámpara me tira **000** para enlazarme; pero yo muevo la cabeza y le digo **69** veces que no...

. . . .

El **606** y el **914** dan todas las noches, **1520** consejos a los hombres.

Buenos Aires.

PURRETE ARRABALERO...

(A mi amigo el poeta Julio J. Casal, ingenuo como un purrete.)

¡Un hijo! ¡un hijo! ¡un hijo! gritaba entusiasmado, haciendo conocer a toda la ciudad, la buena nueva... (En una esquina, la orquesta de un café, rezongaba con augurios alegres, el tango: **Purrete arrabalero...**)

. . . .

¡Un hijo! ¡Cuántos recuerdos que ya creía muertos me trae esta palabra! ¿Te acuerdas, nena, de aquella noche? Tu suspirabas desmayándote. Yo, traspiraba jadeando y me retorcía hasta hacerme un tornillo, para meterme en tu carne... Después, sentimos un poco de piedad y de compasión para nosotros mismos... Tuvimos lástima de esos momentos perdidos en fingirnos amor...

La decepción llegó más pronto de lo que creíamos. Tú, comprendiste que yo era tuyo sólo en el lecho. Mi corazón comprendió que él pertenecía por entero a otra...

La cama fué la tumba de aquel breve idilio. Enterramos en ella, nuestra ilusión, envuelta en el sudario de las sábanas y cubierta por las flores rojas de tu sangre...

. . . .

Pero ahora te atraviesas de nuevo en mi camino y me hablas de nuestro hijo... ¡Nuestro hijo!... ¿Será **mi** hijo?... No te enojes... ¡Estuvimos separados tanto tiempo!... Dudo, dudo por que temo querer mucho a ese purrete arrabalero... ¿Será mío?... Tú, ya no significas nada en mi vida... Pero él...

Tiene tu misma boca —me dices—. ¿Mi misma boca?... Mira... espera... Cuando sepa hablar, veré si pronuncia en seguida de ¡papá! la palabra: **¡Tango!**... Entonces creeré que es mi hijo...

. . . .

. . . .

. . . .

(El guardián del manicomio, cortó la confidencia del loco. Esa noche tuve miedo del tango...)

CANTOR CRIOLLO

(Para el pintor amigo Humberto Frangella. Gran corazón.)

Es un tipo pálido. Se viste de negro con cierto abandono elegante y se engomina el pelo. Sus ojos generalmente arrojan tristezas; pero en tres ocasiones nos regalan alegría: Cuanto canta, leyendo un programa de las carreras o ante la **mina** que lo aplaude.

Su voz tiene gusto a campo y su sentimiento nunca pudo salir del arrabal. El tango lo hizo compadre, pero la zamba lo aterciopeló de ternura.

Es el preferido de las **minas** en las **tenidas** de las **casitas**. Con una guitarra templada y un poquito de atención en el auditorio femenino, no tiene rival en el amor.

Y esta facilidad de conseguir la hembra, lo hizo

picaflor. Cada amor dura en él tan poco tiempo, que corre parejas con el entusiasmo de días, de un nuevo tango.

Es feliz en su vida. Siempre mujeres y músicas nuevas. Jamás se le ocurre pensar que tanta novedad lo va avejentando.

Mañana su voz será ronca y su cara arrugada. Ambulará por el arrabal hasta cachar un amigo que le pague una caña. Y con amargura ensayará cantar un tanto no escrito, pero que él vive en ese momento:

"Tangos y mujeres me robaron la vida..."

ORQUESTA TIPICA CRIOLLA

(A Pancho Espínola, autor de «Raza Ciega». Lo espero pronto en el arrabal.)

Cuatro hombres que desparraman por medio de sonidos el alma del suburbio, forman la orquesta típica.

Uno se convulsiona con los quejidos del bandoneón; otro —de cara melancólica— refriega las teclas del piano; un tercero, con aire de matrero araña con cariño una guitarra, que igual que a una amante, la hace descansar en sus piernas —combas por la barriga del caballo—; y el cuarto, sentado en un cajón y con la seriedad de un viejo fakir, golpea con furia erótica, unas cuantas cacerolas y un viejo tambor.

...Y el tango, asoma su cara ojerosa y sus labios caídos y besa en el corazón a todas las mujeres y a todos los hombres...

La música, salta de los instrumentos y pegando

contra el techo del cafetín, cae como polvo sensual, en las piernas de todos... Todos nos ponemos de pie y haciendo una H con la mujer, grabamos en el piso un verso lunfardo...

La orquesta típica para de golpe... El tango pasó por nuestros cuerpos y nos dejó la sangre revuelta... Aplaudimos y gritamos por el bis...

. . . .

(Nadie se dió cuenta, que el negro que toca la batería, mirando a la linda milonga que tengo a mi lado, sobre el tambor se babeó...)

EL BANDONEON

(Para el amigo Juan J. Duclós, deseando que crea en el arrabal.)

El bandoneón es un hombre que se encoje de dolor y se estira de placer...

En su caja octangular vive presa toda el alma del arrabal. (El arrabal es un niño caprichoso que quiere vivir en la cuna del bandoneón.)

Dos manos fuertes de criollo, —manos que se han endurecido con el contacto del mango del facón— aprietan las teclas, que son como los dientes blancos y negros de un compadre, que entreabriendo los labios, dejara escapar los compases lascivos del tango...

El bandoneón es entonces **el taita que manda la parada.** Todos los sentidos humanos están atados a él

por el hilo gangoso de su voz. Cada nota que reparte es una flecha de compadrada que se diluye en la sangre de los matones y todas las hembras se enloquecen con su música y pieden a gritos al varón que la apriete, que la apriete, hasta hacerla desmayar... (El bandoneón fríamente, despiadadamente, sigue su eterno deber de sembrar sensualidad...)

EL TANGO

(Homenaje a Juan de Dios Filiberto, genio tanguero.)

El tango es el **cocktail** en nuestra vida americana. En él, se mezclan, la tristeza y la alegría, la compadrada y la modestia. Tomamos un trago y se despierta en nosotros el apetito carnal. Y al igual que las bebidas fuertes, una copa invita a tomar otra y otra... Y cuantos más tangos **tomamos**, más deseamos la mujer.

Tango sentimental

Una mujer que por amor se entregó a su hombre y después fué abandonada, tuvo un hijo que ignora quién fué su padre. Como el **tipo** no tiene apellido paterno, la **muchacha** del barrio lo llama: **Tango sentimental**. El sabe de memoria todas las penas de las seducidas y llora con las costureritas de Carriego: **que dieron**

aquel mal paso. Nunca tuvo adoradoras, porque las mujeres recuerdan con miedo, la historia de su nacimiento.

Tango compadrón

Cuando oigo su música, mis pies hacen una Z en el suelo y mi corazón se esconde en el bandoneón. Y así, sin corazón, arrimo mi sexo al de la mujer y mi boca a la suya. Nos clavamos las uñas en la carne; en nuestros ojos hay paisajes de lechos en desorden y por nuestra sangre, galopa la Sensualidad...

...Y entonces el tango **hace** de **cafisio** y nos **recata** la ilusión. Nosotros somos unos pobres **pupilos** que sólo trabajamos para él...

BAAR NELSON

(Paseo de Julio)

Quince mujeres que muestran la flacidez de sus piernas públicas, simulan tocar el violín. Cinco alemanes, que huyeron de su patria por degenerados, soplan instrumentos de viento.

Los músicos se entreveran entre las mujeres y no sienten el placer femenino. Su deseo se va hacia los hombres.

Y el vicio, como una nota agria de sus instrumentos destemplados, salta del tablado de la orquesta y rebota de mesa en mesa.

El mozo, oficiando de **celestina** me trae las flores que me envían las mujeres. Junto con el whisky que sirve, me ofrece un sorbo de prostitución.

Una de las **violinistas** me interesa. Tiene la sonrisa menos encanallada que sus compañeras. Cruza las piernas apretándolas nerviosamente. Quizá teme

que la música tierna de un tango, se meta ahí y le domine el corazón. (Parece que esas mujeres, al bajar el último peldaño resbaladizo de la honestidad, transportaran su sentimiento a los muslos...)

Tomo más whisky, que ahora le estoy sintiendo gusto a mujer pública. Le hago una seña a la mujer y se viene a beber conmigo. Medio embriagado le declaro mi pasión y le recito versos. Ella se ríe cínicamente y me responde: **mi cuerpo vale cinco pesos...**

. . . .

El mozo trae más whisky y al servírmelo, mueve la cabeza compasivamente. Semeja una prostituta vieja que tiene lástima de un cliente simpático...

Buenos Aires.

CALLE YERBAL

(Para Alvaro Guillot Muñoz que se pasea con Lautreamont, por el arrabal.)

¡Yerbal!...

Una calle con muchas casas sucias; canceles con vidrios de colores que provocan al Deseo; mujeres que gritan: **entrá** y hombres que ambulan atontados, eligiendo la **mina** que le guste más...

Marineros que llegan de todos los puertos, con la bodega cargada de polen internacional; soldados que en una sola noche, vencen al ejercicio gimnástico de todos los días; obreros que recargan el cansancio de la semana, con un espasmo brutal; mujeres perfumadas de sexo, que se pasan las noches con las espaldas pegadas a la ropa sucia de una cama vieja...

Vendedores de estampas con mujeres desnudas, para los viejos decrépitos; vendedores de frutas y **manices**,

para los obreros; corredores de cocaína, para los marineros...

...y la calle Yerbal, apretada por un mercado y una comisaría, se traga a todos los hombres de Montevideo...

. . . .

El treponema pálido y el gonococo, hacen pruebas en el trapecio de los muslos femeninos y están dispuestos a contratarse con todos los hombres, para realizar con ellos una larga temporada...

BATACLANA CRIOLLA

(Para el poeta Carlos A. Clulow, que una noche quemó en mi honor un tronco milenario de sauce.)

El escenario vomita un chorro de luz y las mujeres embriagadas en su propio perfume, danzan eróticamente, prometiendo en cada movimiento una caricia lasciva.

¡Esa rubia inquieta me gusta mucho! La miro con ojos chorreantes de lujuria y con el labio inferior temblando, como una mano que implorara una limosna de carne...

Ella sabe mi deseo y más lo provoca. Pasa por delante del palco y acerca a mi cara sus diez deditos blancos que yo los siento, como diez lenguas ardientes que erizan mi piel.

Su carne morena me hace pensar en un ayunta-

miento gaucho, con la complicidad de un rancho. Su cabello oxigenado, me remonta a una garçonniere parisienne; y sus labios gruesos... ¡Ah! Esos no desmienten la raza. Los juntamos y hacemos el prodigio de la cantárida americana: dos montones de carne que se funden...

. . . .

Toda una noche fué mía... La apreté enloquecido con mis brazos nervudos. Quise entreverar en su sangre mi sensualismo gaucho... Y ella, bataclana franco-criolla... se asustó!

LA ALCAHUETA

Es vieja y deforme. La caña le achicó los ojos y el cigarrillo le agrandó la boca. Usa zapatos anchos por que sus pies se dilataron con tantas idas y venidas de la cancel a la pieza. Su cadera enorme, delata el peso que soportó de toda una generación de muchachos briosos...

De mujer sólo le queda su conversación. Miente aventuras pasadas, con la misma ingenuidad con que una mina joven nos habla de mishés fabulosos.

Años atrás fué una hembra deseada y ella se dió a todos, sin emoción y sin asco. Hacía un negocio a su manera y la conciencia no le reprochaba nada.

Después... Los años, las bebidas fuertes, la cocaína y el cigarrillo, se fueron encargando de abotargarle

el rostro y de emblandecerle la carne... Ya no servía para atraer muchachos. El prostíbulo la echó y se fué a vivir a un boliche en la fiel compañía de la caña. (Esta, le aconsejó que aún era útil al arrabal. Y la prostituta de ayer fué la alcahueta de la prostituta de hoy.)

EL CAFISIO

(Para Juan M. Filartigas, escritor, que suele perderse por el arrabal.)

¡Es lindo el tipo! Alto y musculoso tiene algo de estatua de arrabal. Sus pies, al caminar, ensayan pasos de tango y sus manos pulidas, van siempre inquetas, apretando los dedos largos y delgados, como si entre ellos, estuviera eternamente el cabello sedoso de su mina.

De conversación interesante, tiene su **caló** personal. Mezcla graciosamente las palabras **lunfardas**, con los términos de las carreras.

En el rostro tiene una pequeña cicatriz, que trata de ocultar con polvo. Y en algún anochecer en que piensa seriamente, su mano toca al descuido la huella de su cara y sus ojos se ensombrecen más que siempre. ¡Qué linda era Mabel! ¡Y cómo lo quería! ¡Sí,

hasta le cortó el scracho con una navaja, cuando él se piantó del bulín!

Su vida es monótona. Se levanta de tarde, va al café y comenta las carreras a realizarse el próximo domingo. De madrugada a buscarla a ella y a bailar en el cabaret.

Pasan los años... El rostro del cafisio, está cada día más ajado. Su cuerpo pierde la línea. Las minas lo rechazan y como no sabe trabajar, se hace ladrón. Y allá, en la tristeza gris de la cárcel, reune a su alrededor a los presos y les cuenta su historia que comienza así:

"Yo tenía una mina, que me mantenía".


INDICE

INDICE

Poemas de la ciudad

Poemas del arrabal

IMPRESO EN LA
IMPRENTA A. PAGANO
CUÑAPIRÚ, 1726
MONTEVIDEO



